

‘LOS CURAS DE PUEBLO’: SACERDOTES EN EL MUNDO RURAL

ENRIQUE GÓMEZ RODRÍGUEZ

Consiliario Nacional del Movimiento Rural Cristiano

AGUSTÍN CORNEJO SÁNCHEZ

Párroco de Miajadas (Cáceres)

JOSÉ MORENO LOSADA

Consiliario Nacional de la JEC. Badajoz



El 15 de mayo, la Iglesia celebra la festividad de san Isidro Labrador, patrón de los agricultores y de no pocos municipios de nuestra geografía. Con tal motivo, dedicamos este Pliego a “los curas de pueblo”, esos hombres que resisten a la despoblación y el abandono del medio rural con una vida encarnada desde lo pequeño y lo sencillo junto a las gentes del campo. En tiempos de globalización y secularización como el actual, su gran desafío pasa por engendrar parroquias misioneras, comunidades donde los laicos contribuyan a sembrar con ellos la semilla del Evangelio, porque Dios se encargará luego de hacerla crecer.

Hacia una Pastoral Rural Misionera

¿QUÉ HA PASADO CON LOS PUEBLOS?

Nuestra presencia en el mundo rural, desde los años 70 en pueblos de las Vegas del Guadiana (Extremadura), nos abrió los ojos a una realidad rural que empezaba a desperezarse. La transición política y la posterior entrada en la Comunidad Económica Europea supusieron una gran reconversión en la agricultura (PAC). Fuimos testigos de un resurgir campesino que no se resistía a ser convidado de piedra en el cambio tan brutal del campo y de los pueblos. La maquinaria económica europea impuso un modelo de agricultura productivista y fuertemente tecnificada; el mundo rural y la explotación familiar se quedaron sin peso económico y político, aunque sí se inició un lavado de cara de mejores comunicaciones, nuevas infraestructuras, búsqueda de un turismo rural que mantuviera a los residentes y mejorara la calidad de vida.

La globalización está siendo un proceso técnico-económico, sociopolítico y cultural que no deja a nadie ni a nada sin afectar profundamente. En el mundo rural su impacto está teniendo

una importancia singular, llegando a ponerse en cuestión hasta la existencia del mismo como un ámbito propio y específico de la sociedad, e incluso dentro de la propia pastoral de la Iglesia. Bastante gente afirma, trabaja, programa como si el mundo rural, que conocíamos de siempre, identificado con lo agrícola, no existiese, no tuviera razón de existir o hubiera cambiado tanto que no lo conocemos. Se hace necesaria una reflexión sobre la situación actual de este ámbito, para poder entender cómo está afectando a la pastoral eclesial y al clero que realiza su ministerio en el ámbito rural.

EL CAMPO Y EL PUEBLO, UNIDOS EN LOS EFECTOS GLOBALIZADORES

Si atendemos a los datos actuales, nos encontramos con que el 35% de la población de nuestro país, lo que equivale a 14 millones de habitantes, vivimos en los pueblos, el 80% de los municipios; y si hiciéramos un rápido recorrido histórico, descubriríamos que, aunque no es igual agrícola que rural, sí han ido de la mano y se han prestado una identidad mutua.

El cambio se ha dado, ya no es lo mismo agrario que rural, pero sigue habiendo una certeza: los que vivimos en los pueblos somos mundo rural, no importa si campesinos o artesanos, con una cultura común, la que nos deja la globalización, con unos valores y defectos, tradiciones, maneras de relacionarnos, de entender el mundo y la vida, plasmada en refranes, bailes, costumbres, religiosidad popular.

La marea globalizadora nos ha llevado, al igual que en Chicago o en Madrid, a participar de la misma crisis de valores, visión productivista, fe en el progreso tecnológico, fiebre consumista, secularización en el ambiente y botellón el fin de semana. Una mirada atenta hace adentrarnos en su corazón, y podemos ver, como en una radiografía, los síntomas de desmantelamiento, al igual que los de esperanza. Veamos.

“Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan” (2 Cor.4, 8)

La mirada que tenemos no es la del simple analista frío y escrutador que nos deja indiferentes, sino que es un acercamiento humilde, y sólo así pisamos la realidad rural, “descalzos”,

CERCANÍA PARA EVANGELIZAR

23 años de sacerdote avalan mi opción por los pueblos pequeños. Tengo muchas razones, entre otras, estas dos: creo en la dinámica de la encarnación de Jesús, que me ha llevado a estar presente y sentirme cercano a los problemas y alegrías de las personas de pueblo. El mundo rural me da la cercanía para evangelizar, conociendo a las personas, sus inquietudes y preocupaciones, para llevarles a

Jesús como fuente de felicidad y sentido para la vida. Y la valoración de lo pequeño. Desde la ciudad hay una mirada de lejanía y cierto desprecio por “lo pueblerino”. Desde la opción por los pobres –y el mundo rural es la parienta pobre de España–, en una situación de “huida” del pueblo (maestros, médicos...), “aún queda el cura en el pueblo”, para estar cerca de los que más necesitan su ayuda.

El pueblo rural necesita cariño, estima y atención; incluso la Iglesia “presta atención” con servicios religiosos, casi exclusivamente, pero ¿es ésa la respuesta que debemos dar hoy en día? Evangelizar desde lo pequeño en una pastoral rural misionera se hace tan urgente actualmente como “el agua en la primavera para los trigos”.

MIGUEL ÁNGEL RODRÍGUEZ
Ausejo (La Rioja)



porque estamos “en una tierra sagrada” donde habita el Dios encarnado que “ve y oye el clamor de su pueblo”.

Casi sin darnos cuenta, percibimos que en los pueblos **vivimos con el centro fuera de...** El detalle de trasladar la fiesta del patrón al fin de semana, en función de los que vienen de fuera, nos está mostrando una creencia generalizada de que todo se decide fuera de los pueblos: el trabajo, la información, el ocio... Es como si residieran nuestros cuerpos en el pueblo, estando el cerebro, corazón y ojos viajando.

De ahí la baja estima en lo propio y **una cierta culpabilización en el ambiente**. La tradicional inferioridad del mundo rural es terreno abonado para acusaciones sibilinas, venidas de fuera: el voto analfabeto de los pueblos, el descuido del medio ambiente en la agricultura, el coste de tantos pensionistas. En esta dinámica nos encontramos con **cierto cansancio** de que “*todos se van*” y “*lo que había nos lo quitan*”: los niños estudian fuera desde pequeños, el tren ya no para y el cartero llega dos veces en semana.

Valoramos los buenos y muchos avances que ha habido. No faltan intentos por parte de la Administración: concentración parcelaria, turismo rural, planes líderes, administración mancomunada... y mil historias. Ideas salvadoras para nuestros pueblos que no han terminado de salvarlos. Y en el silencio de sus calles es como si resonara el “*sálvese quien pueda*”, puesto que los tradicionales “hombres de bien” –el maestro, el médico, el mismo cura a veces...– ya no viven en el pueblo. Nos hemos ido haciendo incluso a un cambio de mentalidad en la concepción de lo rural, separado de lo agrícola. Y es que **lo agrícola-ganadero ha dejado de ser la principal fuente de financiación**, sobre todo en los pueblos más pequeños. Ahora es una economía dependiente de las pensiones de los mayores, del trabajo de la mujer en la ayuda a domicilio, de los albañiles que se desplazan a la ciudad, de algunos servicios, ciertas subvenciones de la Unión Europea...

“Desmantelados, pero no desesperados” (2 Cor. 4, 9)

Podemos certificar que el mundo rural **permanece, resiste, sigue su marcha y aporta mucha riqueza a la sociedad**; cabe aquí citar aquello de “*estamos orgullosos de las dificultades, sabiendo que la dificultad produce entereza, la entereza calidad, la calidad esperanza; y esa esperanza no defrauda*” (Rom 5, 3-5). No somos pesimistas. Nuestros pueblos no son sólo objeto de ayudas de Bruselas, sino que son, sobre todo, sujeto con capacidad para responder y contribuir al momento presente. El mundo rural aporta a la sociedad personas con vocación rural, presentes en el entramado socio-político-cultural, hospitalidad y relaciones humanas con un talante comunitario y gratuito, transidas por una historia y tradición como referentes al entorno natural.



Y es en ese entorno natural donde ofrece alimentos, elaboración en origen, cercanía a una naturaleza, cuidada de siempre, que humaniza la vida. Por eso no desesperamos. ¡Son tantos dones los que Dios ha puesto en nuestra tierra y que podemos aportar...!

LA IGLESIA EN UN MUNDO RURAL EN CAMBIO

Existe entre los sacerdotes que estamos en los pueblos la dolorosa experiencia de una cierta incapacidad para engendrar parroquias misioneras; no acertamos con los caminos ni con los recursos adecuados. Y es que la secularización también ha llegado a las comunidades rurales. Esto hace que los sacerdotes nos preguntemos: “*¿Seguimos haciendo lo de siempre? ¿Apostamos por unos cambios que den respuesta a la nueva situación rural?*”. Nos asalta entonces la tentación de los falsos profetas, es decir, la de ignorar la muerte de una Iglesia de cristiandad o abandonarla con rapidez en busca de lugares confortables, porque aún quedan feligreses, pocos pero seguros, que siguen asistiendo a los servicios socio-religiosos.

Hoy es necesario descubrir cómo auscultar el latido de Dios en la vida de las parroquias rurales, pues es necesario atender a sus llamadas y retos. La apariencia gris y desanimante de la

RODEADA DE UNA “NUBE DE TESTIGOS”

Tuve la suerte de vivir y trabajar durante años en pequeños pueblos de Ávila, y esto hizo que me integrara en pequeñas parroquias, animadas por el espíritu del Movimiento Rural Cristiano (MRC). Estas comunidades estaban acompañadas por curas que vivían en pequeñas fraternidades, que transmitían la fe de forma muy sencilla y que compartían con los vecinos tareas y preocupaciones.

Puedo decir que marcaron mi vida. Me enseñaron a encontrar a Dios en la vida de los pobres, en los acontecimientos de la vida diaria, en la lucha reivindicativa por una vida más digna para todos. Me experimentaba rodeada de una “nube de testigos”, curas, madres de familia, campesinos, educadores..., cada cual aportaba al servicio común lo que tenía de particular. Se hacía vida y Evangelio la interco-

nexión de los campesinos en la cooperativa, la “escuela campesina” que creaba conciencia, se sentían protagonistas, y la “escuela de Evangelio”, que proyectaba luz a la vida y convertía el corazón. Pido a Dios, en estos tiempos difíciles, que suscite seguidores (curas y laicos) cercanos a **Jesús**, osados y entusiastas en el mundo rural.

MA VICTORIA FERNÁNDEZ
Valle de Amblés (Ávila)

terca realidad parroquial rural no es ajena; antes al contrario, resulta muy pareja a la de la Iglesia española, que tampoco está para “tirar cohetes”. Las características que descubrimos en la Iglesia del mundo rural son las siguientes:

■ **A contrapié entre la religiosidad popular y la secularización.**

La secularización nos ha cogido con el pie cambiado. Los estudios sociológicos que se hacen universalmente se pueden aplicar del mismo modo a la Iglesia rural: descenso en las prácticas religiosas, utilización social de los sacramentos, alejamiento de una fe personalizada, resistencias a una parroquia-comunidad, pérdida de peso de la parroquia como “autoridad moral” en el pueblo.

Por otra parte, nos hemos quedado desnudos ante la “labor de suplencia” que hacían la parroquia y el sacerdote: estudios que se ofrecían, generadora de cultura, impulsora de asociaciones, fiestas... ¡Qué labor más meritoria la de muchos sacerdotes rurales al ayudar a la creación de cooperativas, asociaciones, estudios de los jóvenes! Hoy ya no sabemos qué palillos tocar en la inculturación de la fe. La renovación de la fe, el seguimiento a Jesucristo, el compromiso... se han quedado entre los muros de la iglesia, en lo escondido de las conciencias.

■ **Contagiada de una mirada hacia fuera y pobre en recursos humanos.**

También los curas de pueblo y la gente que participa en las parroquias, **cualitativamente**, es muy valiosa –el que es cristiano en el pueblo no subsiste con una fe encapsulada, sino que, públicamente lo conocen, no se estanca ni está vacío de reflexión–, pero, **cuantitativamente**, ha venido a menos. Estamos **contagiados de cierta mirada hacia fuera**.

Tenemos la sensación de que el auténtico meollo de la vida eclesial estuviese fuera: lo válido, lo eficaz, gente para todo, las decisiones, la innovación pastoral y catequética, hasta los materiales celebrativos y catequéticos, están elaborados para los que viven en el mundo urbano. ¡Qué poda habría que hacer y qué pedagogos creativos necesitamos en la Iglesia rural!

Ha contribuido a ello la desafección y cierto olvido de la jerarquía. Les vemos “lejos y lejanos” de la preocupación pastoral rural, de ahí la necesidad de afrontar una auténtica pastoral rural misionera.

■ **Esperanzada de hacerse carne en la vida de un pueblo.**

Nos encontrábamos en el entierro de un amigo en un pueblo cercano. En la homilía, el sacerdote evocó algunos aspectos de su vida: su fe, su gran bondad y el compromiso por los campesinos. A la vuelta, comentaba un militante cristiano que *“le habían calado hondo las palabras del sacerdote, su mensaje humilde y tan lleno de humanidad. Habían sido palabras ‘encarnadas’ y llenas de hondura evangélica”*.

El esfuerzo de la Iglesia en el mundo rural a partir del Concilio Vaticano II ha sido loable. Ha crecido una Iglesia cercana, a la escucha del pueblo, encarnada en la vida de la gente. Con todas sus limitaciones e imperfecciones, ha hecho un esfuerzo renovador, sobre todo en incorporar a los laicos y laicas en la catequesis, Cáritas, la Pastoral de la Salud, la liturgia... El trabajo en equipo se ha multiplicado por arciprestazgos y zonas. Se reza de otra manera, la vida y la fe se quieren abrir paso en un mismo camino, aunque tenga dos cunetas. Falta un paso más: cómo ir haciendo una Pastoral Rural

Misionera que dé respuesta ilusionante al momento actual de nuestros pueblos y evangelice los ambientes, ya lejanos de la fe.

LA VIDA DE LOS SACERDOTES EN LOS PUEBLOS

Me entrevistó por teléfono una periodista de un diario nacional, en relación a un reportaje que estaba elaborando sobre los curas rurales con motivo de la fiesta de san **Isidro**. Me daba la impresión, por las preguntas y referencias que hacía, de estar hablando con un venerable párroco, paseando con el breviario por los soportales de la iglesia, al canto de los pájaros y el sol de primavera, hasta con cierta panza y cara mofletuda. Se la había parado el reloj en las películas en blanco y negro de Cifesa. Y es que, hoy día, el cura y los curados han cambiado porque “los tiempos adelantan que es una barbaridad”, que cantaba la zarzuela.

Son tiempos en los que el sacerdote rural es itinerante. Un día y el de más allá, de un pueblo a otro, descubre, en la lejanía del horizonte, la presencia del tercer pueblo que tiene a su pastoreo, la majestuosa imagen de su iglesia y torre; es posible que, para muchos, sea memoria de poderes pasados; para el cura rural, es punto de mira del que viaja en busca de puerto seguro. Él mismo tratará

EL VALOR DE LO PEQUEÑO

Vivo en Vegaríenza, al noroeste de León, en plena montaña. Atiendo a 19 parroquias despobladas y envejecidas: 67% de jubilados, 200 habitantes, apenas niños o jóvenes. De esto hace 25 años. Elegí estar en esta realidad. Durante años, un grupo de sacerdotes, religiosas y laicos –“los rurales” nos llamaban– nos juntábamos para pensar, orar y planificar juntos para estar como Evangelio en esta realidad rural. Nos ha fortalecido y fui descu-

briendo que la conversión a Jesucristo, único Maestro, me ha llevado a optar por el mundo rural, pobre y abandonado; a valorar lo pequeño, lo que nadie quiere; y a estar con un proyecto, de forma gratuita; es la encarnación pura y esperanzada. Cuido la formación, cursillos y convivencias, la colaboración con la diócesis y la oración a tope. Se cruzó en mi vida el Movimiento Rural Cristiano y, desde sus claves y opciones, me está acompañando

en una Pastoral Rural Misionera, referencias que ya el reseñado grupo de “rurales” intuíamos.

Escuché al obispo Uriarte: “Es necesaria una espiritualidad que aprecie lo pequeño y lo valore porque es signo de calidad humana..., porque lo pequeño tiene una connaturalidad especial con el Reino de Dios... Dios no se llama éxito...”. Reconforta hacer verdad este mensaje en la vida de un cura de pueblo.

NICOLÁS. Vegaríenza (León)

de ser referencia, memoria viva del Señor **Jesús**, de hacerse carne en la vida del pueblo. Por eso irá con jersey de cremallera, pantalón “chino” del último mercadillo, bolso en bandolera con la Biblia y el cuaderno de apuntes, historia viva de cada grupo. Si fuera con traje y maletín, le confundirían con el veterinario que vacuna a las vacas los martes. Tiene la agenda apretada: se acerca a los enfermos, la formación con las catequistas, el grupo de Cáritas, la Eucaristía de la tarde, en la que participan una decena de abuelas y madres. Su talante encarnado no es el adoctrinamiento, sino el acompañamiento, el perdón y la admiración. Es de noche y, de vuelta al pueblo donde duerme, piensa en el Evangelio: *“Pues vosotros lo mismo, cuando hayáis hecho todo lo mandado, decid: ‘No somos más que unos pobres criados; hemos hecho lo que teníamos que hacer’”* (Lc 17, 10). Son curas “con los pies en la tierra”. Sus testimonios salpican estas páginas.

¿QUÉ IGLESIA Y QUÉ SACERDOTE PARA EL MUNDO RURAL HOY?

La Iglesia, para ser fiel a su misión de evangelizar, ha de estar continuamente interpelándose con las claves cristológicas fundamentales de encarnación, pasión-muerte y resurrección. Ella está para que el



Verbo encarnado siga llegando con su salvación a todos los hombres y a todos los pueblos. Por eso necesitamos mirar la vida y mirarnos a nosotros mismos con los sentimientos de Cristo. Cuando la hacemos así nos damos cuenta de que necesitamos:

■ **Una Iglesia encarnada.** La clave fundamental del acompañamiento es la “kénosis”, el vaciamiento de nosotros mismos para poder servir a la vida del otro; para estar abiertos al Espíritu de Cristo y recibir ahí la verdadera vida y la configuración personal auténtica. Vivir desde el otro, y entrar en la dinámica que le envuelve con todas las consecuencias, es lo que ha llevado

a Dios en Cristo a “*ser uno de tantos, llegando incluso a la muerte y una muerte de cruz*”. **Encarnarse** es entrar en la condición de la historia y de la humanidad con todas las consecuencias. En este sentido, necesitamos una Iglesia y, en ella, unos sacerdotes que sepan dejarse configurar y determinar por la realidad de los pueblos y del mundo rural al que acompañamos, ser uno de tantos. Para ello, será fundamental no usurpar ningún protagonismo y favorecerlo en los otros siempre, haciendo una Iglesia que sea **servidora de la realidad y sepa apostar por los últimos y sencillos**. Jesús, en su vida oculta y anónima del mundo rural en Nazaret (más de 30 años, frente a los dos o tres de vida pública), nos da las claves fundamentales para ser y estar en la vida de los pueblos. La salvación nos viene desde la debilidad y la sencillez, que vemos reflejadas de un modo especial en la vida de los pueblos pequeños y sencillos, de los que no cuentan en el sistema y en la sociedad actual. Así seguirá siendo la señal: *“Un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”* (Lc 2, 12). El sacerdote, para vivir y ser Iglesia encarnada en medio de los pueblos, habrá de entenderse como “enviado” y, mirando a Cristo, deseará ser fiel a él, que:

✓ **“No dice ni hace nada por sí mismo”.** Habla las palabras del Padre y hace las obras que le ve hacer a Él.

✓ **“Es un hombre para los demás”.**

Sus experiencias más profundas son siempre accesibles a todos:

COMO EL BUEN PASTOR

Desde niño aprendí de mi padre, pastor de oficio, cualidades imprescindibles para atender al rebaño y convivir con las personas. Después, como cura de pueblo, me identifico con el Buen Pastor, **Jesús**. Los campesinos son maestros de sabiduría y prudencia que me enseñaron donde estuve, primero en la Sierra de Gata y Hurdes (Cáceres) y, actualmente, en Montehermoso y el Bronco, a preparar la tierra, la mejor semilla, el tiempo justo de

la siembra y la cosecha en el tiempo oportuno. Pero saben, lección importante para un cura rural, que hay un tiempo de no hacer nada, sino que es la tierra, *por sí misma*, que hace que haya *germen y crecimiento*, y que todo eso acontece *sin que él sepa cómo*.

La gente rural, antes y ahora, desde la experiencia de sus vidas y la vivencia del Evangelio, me han enseñado a poner de mi parte el preparar el terreno en cada grupo de laicos, en

la sintonía con los gozos y tristezas del pueblo, en acompañar la marcha de militantes cristianos. Este proceso que Dios ha puesto en marcha me invita a no caer en la tentación de *tirar del tallo de la planta para que crezca antes*.

Es tiempo de Dios, Él hará que todo crezca *sin que sepamos cómo*. Confiar en Dios y en las personas, también lo aprendí de mi padre, pastor.

ÁNGEL MARTÍN

Montehermoso (Cáceres)

“Los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1ss), siendo del pueblo y amándolo con todas sus entrañas.

✓ **“Habla de Dios con las experiencias de todos sus hermanos, que él hace tuyas”**, incluso las más banales. Todo ello sin buscar gloria propia. Entiende el Reino desde la vida diaria y sencilla.

✓ **“Su pasión es hacer la voluntad del Padre”**. El Padre pide que no se pierda ninguno: pobres, ignorantes, pecadores... No hay aldea que no le importe, incluso las de fuera.

✓ **Toda su actividad termina en el Padre**. Los dones recibidos por el Padre han sido dados en hechos y palabras de salvación, y ahora, enriquecidos por la acogida de los hombres, retornan al origen con ofrendas de alabanza. Al Padre desde la vida del pueblo.

✓ **Él es el único “mediador”**. Se da a conocer total y permanentemente: “Es mediador de una mejor alianza” (Heb 8, 6). Transparenta al Padre en todo su quehacer y ser; su poder es la palabra y la obra, tiene poder de juicio (luz), de sanación, de vida. De este modo, muestra al Padre y revela su divinidad. Su misión es disponer los espíritus para ese gran acto de fe en la paternidad de Dios. Nada hay más importante que la lectura creyente y teológica de la vida sencilla en medio del pueblo, palabra y vida.

■ **Una Iglesia pasional y samaritana**. La donación del Padre, que comienza en la Encarnación, se condensa de un modo radical y total en la pasión y muerte de Jesús de Nazaret: “¿Quién podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús?” (Rom 8, 31-38). Hasta la cruz le lleva la coherencia: morir en la entrega y en la fidelidad total a la voluntad del Padre, que quiere que todos los hombres se salven porque es compasivo y está a favor de los débiles (Lc 15), que entiende la ley como medio para salvar y dignificar lo humano (Lc 6, 8-10) y que sólo admite el culto que se realiza en Espíritu y Verdad en el corazón de los hombres. A la Iglesia que quiere ser auténtica en medio de los pueblos le toca buscar ese modo **samaritano de acompañar a los pequeños** para reivindicar la justicia y la dignidad que les pertenece, que muestra la compasión y la gratuidad, y busca un culto que tiene que ver con

la vida y la verdad de los pueblos y de la gente. Al sacerdote, siendo uno del pueblo, le tocará vivir en su carne el camino del samaritano y la búsqueda de un ser y hacer en sus comunidades un culto existencial vivo y verdadero como el de Jesús, aceptando que ello le podrá llevar a quedarse solo y abandonado, vivir la contradicción con radicalidad, adentrarse solidariamente en el sacrificio, y experimentar el fracaso, cuando todo lo había hecho bien. Es necesario comprometerse con el dolor y el sufrimiento de la gente sencilla de los pueblos para que se dé realmente la experiencia del acompañamiento gratuito y fiel. No podemos buscar éxito ni número, plazas y templos llenos, sino la fecundidad del Reino, que se da en la pequeñez del grano de mostaza y en el anonimato de la levadura que se va dando en los procesos de la gente sencilla de nuestro mundo rural.

■ **Una Iglesia resucitada, creativa y esperanzadora**. El espíritu del Resucitado es el que nos abre los ojos para poder acceder a la realidad y ver las señales actuales de la presencia y la acción fecunda del Resucitado en la historia y la vida actual de los pueblos. Él es quien nos hace testigos de la resurrección, al poder leer los signos en la vida de los hermanos. Éste es nuestro alimento y nuestra alegría: los pasos de conversión y las señales de la vida que Dios nos sirve cada día (Lc 24, 31-32). Los sacerdotes están llamados a ser, en medio de los pueblos, testigos

permanentes de la resurrección (Hch 3, 14-16) de la mano de un Dios que nos ayuda a poder atestiguar “que [los pueblos] no estaban muertos, estaban dormidos” (Jn 11, 11-16). La misión fundamental de la Iglesia encomendada a los presbíteros en los pueblos será, en este sentido, aprender a leer y enseñar a **descubrir los signos de esperanza y resurrección** de la historia y de las vidas de las personas y a saber alimentarnos diariamente de ellos. La vida de los pueblos y sus posibilidades son una referencia clara de la vida y el amor que el Padre quiere darnos y que llegará a su plenitud en la vida eterna.

La Iglesia, y los sacerdotes en su seno, si quieren vivir la encarnación, la itinerancia, la pasión y la resurrección de Jesús, habrán de **optar** hoy en medio de los pueblos por una nueva **Pastoral Rural Misionera**.

CARTA DE CIUDADANÍA A UNA PASTORAL RURAL MISIONERA

¡Cómo nos gustaría que la gente de nuestros pueblos, los cercanos y los alejados, los que frecuentan y los que se acercan en momentos puntuales..., al salir de las parroquias, pudieran contestar lo del Evangelio: “¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6, 68)!

En la realidad rural la fe cristiana ya no es tan evidente. Una gran parte de la gente de nuestros pueblos vive la fe con muchas dudas, interrogantes y, a veces,

“YO SIEMBRO Y DIOS HACE CRECER”

Soy agricultor y estoy en una cooperativa de trabajo asociado. Hace años que me reúno con otros cristianos, y veíamos la vida de entrega que teníamos en las organizaciones agrarias a la luz del Evangelio. Y en mí se fue obrando un cambio: me fui dando cuenta de que no era suficiente con la voluntad de trabajar y quemarme por mi gente del campo, que la lucha y entrega de mi tiempo y persona no

eran correspondidos por los agricultores en valoración, votos, aplausos... Es cuando fui encontrando las respuestas en Jesús, en su Evangelio. Ahora, el conocerlo me entusiasma, está por encima de todo, porque en su vida encuentro fuerza para entender por qué tengo que seguir queriendo a la gente del campo, por qué estar presente activamente en las organizaciones y, sobre todo, por qué servir a

los más débiles. Yo vengo de los ‘lejanos’, soy de pocas palabras y, por eso, transmitir el Evangelio a la gente del campo me resulta difícil. Es más con mi presencia, mi manera de actuar y pensar como yo evangelizo. El Movimiento Rural Cristiano ha sido el motor que ha movido mi formación, mi voluntad y mi fe. Creo que siembro y Dios hace crecer.

DAMIÁN BOHOYO
Miajadas (Cáceres)



heridas; otros ni siquiera eso, sólo irán a la procesión del Santo Entierro el Viernes Santo como buen paisano que cumple con la tradición.

Estamos en una encrucijada nueva en el **mundo rural**. Se debate el existir de muchos pueblos y se les está planificando su forma de ser. Ya se están produciendo grandes cambios en la manera de trabajar, de concebir la cultura, de relacionarse y, **por eso mismo, de crear**. Ha llegado una cultura posmoderna y economicista a nuestros pueblos. Y la Iglesia no se cansa de decirnos que hoy se impone una nueva evangelización.

✓ Al hablar de **Pastoral**, nos proyectamos en el pastoreo: es la acción de la Iglesia, de todos los que la componemos, cuya misión es evangelizar, hacer presente a Jesucristo en medio de nuestros pueblos con nuestras acciones.

✓ El carácter **Rural** nos identifica por su ambiente y características determinadas de pueblo, sus gentes, trabajos en la tierra, las fiestas, los comercios, la construcción... y, en esa realidad histórica, Dios está actuando.

✓ La clave **Misionera** la entendemos desde la inversión de la parábola de Jesús: en estos tiempos, las noventa y nueve ovejas están “fuera”, y la una, “dentro”. Por eso, somos “enviados” (significado de misionero) a ofrecerles “los dones de la salud” a los hombres y las mujeres, en donde viven y en lo que viven, sin olvidar que es, sobre todo, trabajo de Dios y de la Iglesia.

Frente a los odres viejos de una Iglesia de cristiandad, casi enterrada en “la viña del Señor”, queremos optar por el vino nuevo y odres nuevos en fidelidad al Dios de la historia y, por ello, deseamos:

■ Promover el laicado

Nuestros obispos nos dicen: “*La nueva evangelización se hará, sobre todo, por los laicos, o no se hará*” (CLIM, 148).

Todo lo que tardemos en animar a los laicos para trabajar “dentro” de la Iglesia y “fuera”, en la vida del pueblo, será estar perdiendo un tiempo precioso. Para ello, pongamos algunos medios: crear cauces, donde ellos puedan crecer como laicos adultos, participativos, corresponsables. Nuestras parroquias, aunque sean pequeñas y de pueblo, facilitarán los cauces más elementales para que los laicos ejerzan las tareas en: Consejos Pastorales, Cáritas, catequistas, Pastoral de la Salud, etc. Acompañamiento espiritual, sobre todo en las responsabilidades propias: en la familia, trabajo, compromiso socio-político, cultura, cooperativa en el pueblo. Con una pedagogía activa, donde la persona sea protagonista de su propio proceso. Cada cual tiene que “*oír hablar en su propio idioma*” y serle cercano a su realidad, así como ser apóstol de la misma. Capacitar a los cristianos de nuestros pueblos para el futuro, no para el museo.

■ Evangelizar la Religiosidad Popular

En un mundo secularizado, es una gracia el que haya una **religiosidad popular**, es un substrato o rescoldo

fuerte y permanente de la fe. Pero puede ser algo ambiguo, que queme a los agentes de pastoral, entretenga al pueblo y haga ridícula, en nuestros días, la fe y la Iglesia. Por eso, **es necesario un proceso de discernimiento y puesta al día**. Comprobamos que, en el fondo de cada alma del pueblo, hay anhelos de expresar su fe con manifestaciones religiosas populares –con toda su ambigüedad– y se ha comprobado que evangelizar “a palo seco” es muy difícil. No sólo se cree con la cabeza, también con los sentimientos. A la hora de vivir la religiosidad podríamos cuidar estas condiciones:

✓ Fidelidad al Evangelio: llenar la religiosidad popular de Evangelio (Buena Noticia) y formación.

✓ Fidelidad a la Iglesia, a la Misión en su parroquia. En concreto, comunión con la comunidad, grupos, tareas, ministerios; celebración comunitaria de la Salvación de Cristo.

✓ Fidelidad a la persona y su cultura, que significa: solidaridad con los problemas, esperanzas, esfuerzos de los empobrecidos y marginados del mundo rural; y creatividad para expresar, mantener, traducir en cultura la fe.

■ “Mundanizar” la Iglesia

Queremos decir con esta expresión: llevar a las tareas de “dentro” de la parroquia –liturgia, catequesis, cofradías, grupos...– la vida de la gente del pueblo, lo que pasa, la vida de la calle, para iluminar los problemas con un nuevo ver, para consolar a los tristes, para traer luz a “la noche sin pesca”. Es vivir la espiritualidad de la encarnación: ver la vida, verla con los ojos de Dios y volver a ella transformados.

■ Crear grupos de Acción Católica en los pueblos

Es el mejor medio de educar para la acción, para evangelizar los ambientes del pueblo, es decir, aquellos espacios que están fuera del templo y sus ámbitos propios o cercanos. Son una punta de lanza para toda la comunidad, que ayuda a descubrir que **la fe y la vida van unidas**, y que el lugar propio de los laicos, no exclusivo, es lo secular: estar en el corazón del mundo, arreglando las cosas del mundo según Dios quiere. Y en el mundo rural la Iglesia propone el MRC (Movimiento Rural Cristiano) y el MJRC (Movimiento

de Jóvenes Rurales Cristianos). Las razones para estos movimientos: no tienen carisma propio; su misión es la de la Iglesia, evangelizar; su ámbito es el ambiente rural (*"Id al mundo entero"*); sus protagonistas, los laicos, la inmensa mayoría del Pueblo de Dios; su espiritualidad es la que se nos regala en la encarnación, de pies en el pueblo, y enraizada en sus plataformas, lugar privilegiado y querido por Dios para estar con Él, anunciarle a los demás y compartir juntos la existencia.

■ Evangelizar el mundo

Que tiene mucho que ver con todo lo anterior. Es llenar de Buena Noticia, de Evangelio, el mundo. Que no es condenar al mundo, que es anunciar explícitamente, es presentar una Iglesia propositiva y no a la defensiva, evangelizar con el testimonio, trabajar por la justicia, estar presente en los cauces que los pueblos tienen, participar en las actividades y asociaciones del pueblo. Algunos testimonios de laicos recogidos en estas páginas dan fe de su apuesta por un mundo rural según Dios quiere.

CONCLUSIÓN: NUESTRO TIEMPO ECLESIAL, "UN OTOÑO IDEAL PARA LA SIEMBRA"

Olegario González de Cardedal, teólogo español, hablando del momento actual de la teología y de la Iglesia, afirma que estamos en tiempo de otoño, tiempo de siembra y esperanza. Nos gusta el símil para hablar de la Pastoral Rural Misionera. Él reivindicaba la belleza del otoño y decía que no podíamos añorar la belleza primaveral y estival olvidándonos de que éstas no son posibles si no ha habido una buena otoñada, buen arado y buena siembra, y que este quehacer primario y original también tiene su propia belleza.

De alguna manera, nuestro Dios y nuestro Jesús de Nazaret han vivido y se han relacionado con la humanidad fundamentalmente desde el otoño esperanzado. Dios siempre se ha mostrado como el Dios de las promesas, que despertaba el sueño y los deseos profundos de los hombres para seguir caminando hacia el futuro; el propio Jesús, en su encarnación, nos hablaba de que el Reino era semejante al grano

de trigo que cae en tierra, muere y da mucho fruto; el otoño fecunda y preña la primavera para que surja el fruto del verano. Así lo saben los campesinos y labradores del mundo rural.

La Iglesia, reconociendo en el mundo rural el apagamiento de la cristiandad y el asolamiento de lo pagano y secularista, no debe llorar con la nostalgia de la primavera y el verano. Ahora le toca coger el arado, abrir el surco y sembrar con esperanza, sabiendo mirar la belleza de este quehacer e incluso adornar el esfuerzo con las lágrimas de los que se entierran en silencio y con profundidad, en la mística de los que esperan contra toda esperanza. Es el momento de unirnos, de proyectar y programar caminos de procesos personales y comunitarios que nos abran al futuro, no desde el número y el éxito, o la fuerza, sino desde la sencillez de lo cotidiano; no desde la búsqueda de la eficacia, sino de lo fecundo; desde la fe inquebrantable de que el mundo rural y el quehacer eclesial en él:

- ✓ No están muertos, sólo dormidos.
- ✓ Que es posible sembrar con nuevos modos y estilos, para un vino nuevo en odres nuevos.
- ✓ Que confiamos plenamente en el protagonismo laical y en la corresponsabilidad de la comunidad cristiana parroquial.
- ✓ Que algo nuevo está naciendo y brotando, y que los movimientos pequeños y sencillos de la Acción Católica en el mundo rural nos lo están mostrando.

✓ Que soñamos y deseamos una Iglesia encarnada, pasional, samaritana y resucitada, y que el sueño ya tiene signos de realidad en lo pequeño que traemos entre manos.

✓ Que vamos a encontrar la oveja y la moneda perdida, y nos va a dar una alegría enorme.

✓ Que el mundo, la sociedad y la Iglesia necesitan del mundo rural y sus riquezas, y que nosotros, apostando por la Pastoral Rural Misionera, vamos a ayudar a responder generosamente para que una vez más se muestre en la historia que Dios salva desde lo pequeño e insignificante y *"que el mundo rural (Belén) –como decía el profeta– no es ni mucho menos el más pequeño de los mundos"*, porque no hay pasión ni resurrección sin el pesebre de Belén y la vida oculta en el pueblo de Nazaret.

Y para terminar, desde la esperanza de los curas rurales que creen en la misión y aman a los pueblos con los que viven y a los que quieren dar su vida, recordaremos en estos momentos actuales las palabras alegres del salmista: *"Los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares, al ir, iban llorando llevando la semilla, al volver, vuelven cantando trayendo sus gavillas"* (Sal 126, 5-6).

¡Que nadie os quite el gozo de la siembra en el otoño! Trabajemos por una verdadera Pastoral Rural Misionera. Es posible, ya lo estamos viendo, verdear lo sembrado con las primeras lluvias de la vida.

CURADO PARA CURAR

Anita tiene en torno a 80 años, se mueve muy mal y vive en los pisos tutelados del pueblo desde hace algunos años; paso a verla: "¡Vaya, parece que nos tiene usted abandonados! ¡Qué alegría verle!".

El cura que cura se parece al **Jesús** del capítulo 6 de Lucas: va con toda intención a buscar a la gente, especialmente a los más débiles. Y el personal se pone con-

tento cuando apareces, tu presencia no produce incomodidad ni rechazo, porque no eres el "representante" de una "institución", sino una persona-signo de algo esperanzador: Dios bueno, misericordioso, que comprende a todos y ama a cada persona, incluso si no van a misa...

Curiosamente, muchos días, por mil razones, no me sale la sonrisa tan fácilmente,

el cura necesita cura, ¡y es curado! Cuando ese día me acerco a un grupo de jóvenes, o celebro la Eucaristía, o escucho a alguien..., ¡recibo los cuidados que necesito! Dios siempre me está esperando en el otro, al que intento servir... para curarme. ¡Qué buen truco, Señor! ¡Qué milagro!".

CÉSAR LUIS CARO

Valle de Santa Ana y Valle de Matamoras (Badajoz)

novedades Monte Carmelo

PEDIDOS

Apartado 19 • 09080 BURGOS • Tfno. 947256061 • Fax: 947256062 • E-mail: pedidos@montecarmelo.com • www.montecarmelo.com



LOS CIELOS PROCLAMAN TU GLORIA. La Astronomía y el Vaticano

Autor: AA. VV. • 232 pp. • PVP: 59 €

No sorprenderá a nadie que, con ocasión del "Año Internacional de la Astronomía", el Vaticano edite en distintas lenguas esta preciosa obra a todo color, resumiendo el trabajo investigador que lleva ejerciendo desde hace siglos en distintas parte del mundo y, sobre todo, desde su Observatorio Central del Palacio de Castelgandolfo.

Todo comenzó ya antes de la reforma del calendario gregoriano de 1582. En realidad habría que remontarse a la invención por su parte de la Universidad, donde el estudio de la Astronomía era requisito indispensable para la obtención del grado de doctor en filosofía o teología. Desde tiempos tan remotos, la Iglesia siempre ha considerado el estudio de los cielos como un camino para llegar al conocimiento del Creador.

Deseamos que esta obra ilustrada con bellas imágenes de los telescopios vaticanos, y con frases que condensan la sabiduría y esfuerzo de los papas avale su título de que ciertamente LOS CIELOS PROCLAMAN LA GLORIA DE DIOS.

LA IMAGEN DE UN DIOS VIOLENTO

Autor: José Luis Barriocanal • 336 pp. • PVP: 19 €

La violencia humana no nos causa perplejidad, pues un hecho verificado a lo largo de la historia que el ser humano es violento. Pero sí es fuente de preocupación y perplejidad que la violencia se predique de Dios, que se pueda hablar de un Dios violento, esto es, un Dios guerrero, airado, celoso, vengativo, punitivo. Así se nos presenta el Dios del Antiguo Testamento. Pero por otro lado, aparece también como un Dios de la paz, misericordioso, que rechaza el cambio de la violencia como medio para implantar la justicia y la paz. Este doble rostro de Dios constituye la gran paradoja de la Escritura.



CUANDO EL ESPÍRITU DEL PADRE PÍO FUE INVESTIGADO POR EL VATICANO

Autor: Elías Cabodevilla Garde • 270 pp. • PVP: 15 €

Con documentación, desconocida e inédita hasta ahora, sobre el discernimiento que ya en sus años jóvenes ordenó la Santa Sede sobre el fenómeno de los estigmas y espíritu en general de este gran santo de nuestro tiempo.

Por fin, aún conociendo la existencia de densas biografías de este gran hombre de Dios, modelo e intercesor nuestro, iniciamos la obra con una sencilla pero muy útil aportación de datos biográficos del mismo, sobre todo a la hora de respondernos a las preguntas-clave sobre su figura y misión.



RETORNO AL PRINCIPIO. La revelación del amor en la Sagrada Escritura

Autor: Luis Sánchez Navarro • 138 pp. • PVP: 13 €

"Retorno al principio" es el camino del amor humano según la revelación bíblica. Estas páginas iluminan un camino que tiene efectivamente en los relatos de la Creación su comienzo y, a la vez, su referencia principal, pues allí se revela la belleza y la perfección del plan divino.

Nuestra lectura del texto bíblico nos conducirá, tras un recorrido por este drama sobre el amor humano que se revela en Él, a la plenitud manifestada en Jesucristo, en quien se hace posible un retorno a la perfección revelada en el origen. En él se puede efectivamente vivir el matrimonio según el diseño primero de Dios, volver a un principio que está ahora transfigurado en plenitud.

